

Líbano en su laberinto

Carlos LARRÍNAGA

Historiador

La dimisión del primer ministro libanés, Saad Hariri, justo doce meses después de su toma de posesión, ha causado primero estupor y luego temor tanto dentro del país como fuera. Estupor por la manera en que la ha efectuado, ya que el anuncio se produjo en Riad en un discurso televisado, en lugar de en Beirut en sede parlamentaria o gubernamental. Y temor por las consecuencias políticas que una decisión de estas características puede acarrear para el Líbano, en débil equilibrio desde los acuerdos de paz de Taif de 1989. Así, como prueba de ello habría que recordar el largo tiempo transcurrido para suceder al presidente de la República o para la formación de un gabinete. Son dos muestras de las dificultades de una nación que padeció un duro enfrentamiento durante tres lustros (1975-1990), que ha sufrido las sucesivas injerencias de las potencias regionales (en especial, de Siria e Israel) y de una Constitución que prima las cuotas étnico-religioso-culturales frente a los principios estrictamente democráticos de un individuo, un voto. A este respecto, no debemos olvidar que la jefatura del Estado debe ser ocupada por un cristiano, la del ejecutivo por un suní y la presidencia de la Asamblea de Representantes por un chií. Junto a ello, la asignación del número de diputados se hace teniendo en cuenta las asignaciones mencionadas. Aspectos que pueden ayudarnos a comprender la complejidad no sólo de la sociedad libanesa, sino de su propio sistema político. Un sistema, por otro lado, y en su defensa, que ha evitado el estallido de la conflagración todo este periodo. Con numerosos conflictos, sí, incluso atentados terribles, pero que finalmente no se ha contagiado de la guerra civil siria, como muchos analistas esperaban.

La espantada de Hariri, sin embargo, parece responder a motivos distintos. Antes que nada, debemos recordar que Saad es hijo de Rafiq Hariri, asesinado en pleno centro de Beirut en 2005. De confesión sunita, su carrera política y, en gran medida, su fortuna estuvieron particularmente ligadas a Arabia. Gracias a sus contactos con los saudíes labró una riqueza inmensa, convirtiéndose en el hombre fuerte de Riad en el Líbano. Erigida Arabia como el gran paladín de los intereses sunitas en la región, su ascendiente en el país de los cedros ha ido aumentando estos años, principalmente tras la evacuación del último contingente de soldados sirios ese mismo 2005, después de tres décadas de tutela militar. No obstante, al influjo de Damasco pronto le siguió el de Teherán, cuyos lazos con Hezbolá son evidentes. Y es que el Partido de Dios es una organización política de base chií que cuenta con un importante respaldo electoral y que incluso controla, mediante sus brigadistas, algunas zonas del Líbano, como son el sur o el valle de la Bekaa, donde, hace poco, su actuación ha sido determinante para la eliminación de aquellos elementos yihadistas que habían cruzado la frontera siria. De manera que el hecho de que Saad Hariri haya puesto como excusa de su renuncia la existencia de una confabulación secreta contra su vida, sin aportar ninguna prueba, apunta directamente a Hezbolá y a su gran aliado, Irán.

Lo que nos lleva a la otra dimensión de la cuestión. La que tiene que ver con la lucha de poder abierta entre Arabia e Irán por controlar al mundo musulmán. La casi desaparición de la base territorial del Dáesh en Siria e Irak ha reforzado la posición de Teherán, que, gracias a su alianza con Moscú, ha visto el afianzamiento del régimen de Bashar al-Asad en Damasco y el fortalecimiento de Haider al-Abadi en Bagdad. Riad, empero, está atravesando un momento un tanto delicado, al participar de lleno en la batalla de Yemen, una reproducción a escala menor de la pugna entre sunitas y chiítas, la cual está causando cierta inestabilidad en el reino saudí por motivos tales como los altos costes militares que implica y los escasos éxitos logrados, el rechazo de la minoría chiíta saudí y la política de mano dura con Qatar. Dos posibles pruebas de este mar de fondo de la política árabe podrían ser las purgas llevadas a cabo por el príncipe heredero, Mohamed bin Salman, y el viaje relámpago de Emmanuel Macron a Riad el 10 de noviembre. Lo que demuestra su preocupación tanto por la situación en Arabia como en el Líbano.

La extraña forma de actuar de Hariri ha provocado su rechazo en la mayoría del arco

parlamentario libanés y del propio Jefe del Estado, Michel Aoun. Algunos políticos y medios locales han acusado a la monarquía saudí de tenerlo retenido. Circunstancia ésta negada por el afectado. Aunque probablemente estemos ante una operación orquestada por Riad, en colaboración con Hariri, contraria a Hezbolá, que forma parte de la coalición gubernamental con dos ministros. El objetivo sería debilitar la posición del Partido de Dios, y de paso, de Irán, con la pretensión de romper la mencionada alianza y de esta forma intentar crear una nueva mayoría en la que la presión de Teherán fuese menor. El problema es que la jugada le ha salido mal y las principales fuerzas políticas no aceptan semejante retirada y han reclamado el regreso de Hariri a Beirut. Curiosamente sólo Israel parece apoyar esta pantomima, ya que el resto de cancillerías ha mostrado su preocupación por la situación en Líbano, tratando de encauzar una crisis que responde más a voluntades externas que internas.

16 de noviembre de 2017

Publicado en *El Diario Vasco* como “El laberinto libanés”, 19 de noviembre de 2017, p.31